

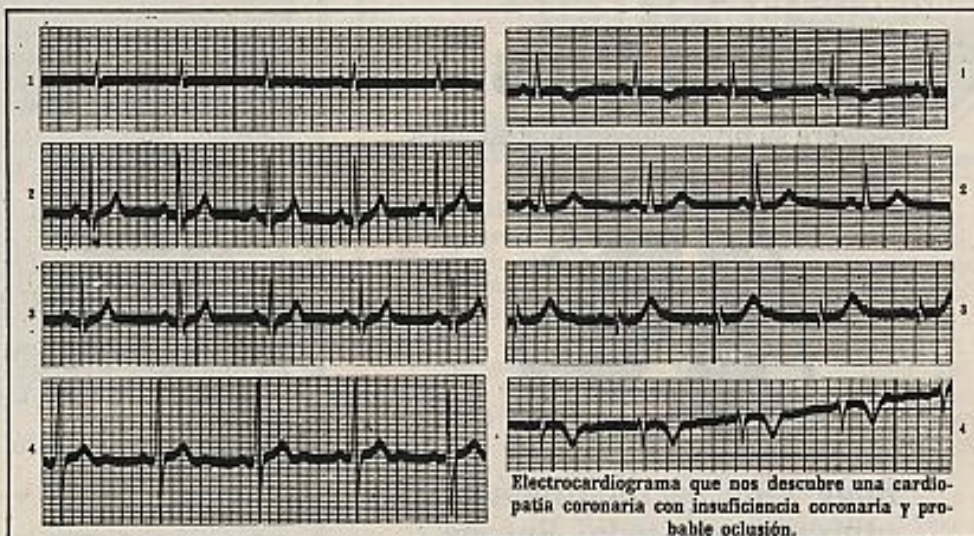
de los procesos mentales. No puedo recoger aquí todo lo que he leído en torno a esa cuestión, pero creo que puede resumirse con eficacia. Durante algún tiempo se pensó que la extraordinaria capacidad para el cálculo mental se basaba en la facultad de retener visualmente los números; algo así como hacen esos monitorcitos electrónicos que conservan en sus pantallas lo que se les dicta. Algunos de estos "calculistas mágicos", en efecto, trabajaban así. La memoria y la retentiva les permitían escribir en su secreta pantalla electrónica los datos del problema propuesto.

Inaudi, que no era, ni mucho menos, idiota, explicaba que su sistema era muy otro, precisamente acústico. Escuchaba y "graduaba" los datos en una especie de cinta magnética cerebral, a la que podía acudir luego en busca de información. Además, para Inaudi era fundamental repetir, en silencio, pero articuladamente, los números que se le declan, como si de alguna manera contribuyese a la "grabación" el movimiento exacto y sutil de las cuerdas vocales.

Pero lo cierto es que muy pocos de estos calculistas pudieron explicar bien en qué consistía su "sistema". Bidder escribió un buen autoanálisis, Colburn también. Dos psicólogos, Müller y Darboux, estudiaron cuidadosamente a Rückle e Inaudi. De todos estos escritos, el único que yo he leído, por encima, es el de Bidder, una conferencia que pronunció, en 1856, en la Institución de Civil Engineers de Londres.

En primer lugar, y en el caso de los calculistas mejor educados, la práctica llega a convertir la memoria en un instrumento fascinante, como todos ustedes saben. Bidder podía, en su madurez, retener cuarenta dígitos y repetirlos en orden inverso o de dos en dos, o suprimiendo los dígitos impares o los pares, con enorme facilidad. Muchas personas pueden hacer cosas parecidas y yo mismo conozco en Madrid a un joven comerciante que repite sin errores cincuenta palabras que se le digan a razón de una por segundo.

Junto a la memoria, los calculistas poseen, también gracias a la práctica, un archivo permanente de datos y de soluciones elementales que les sirven para operaciones más complejas. Colburn, por ejemplo, no tenía necesidad de calcular ni las raíces cuadradas ni las cúbicas de los números naturales hasta el 10.000: se las sabía de memoria con la misma precisión que nosotros sabemos los números pares. Por otra parte, la experiencia sirve para acopiar reglas, procedimientos, trucos. Bid-



Electrocardiograma que nos descubre una cardiopatía coronaria con insuficiencia coronaria y probable oclusión.

NUESTRAS CORONARIAS

HACE unos días tuvo lugar en Segovia la XLI Reunión de la Sociedad Castellana de Cardiología que, entre otras cosas, dedicó una Mesa Redonda al tema de la "prevención, detección y profilaxis de la enfermedad coronaria". Es una cuestión grave, pero ya se ha reducido a chisme popular a fuerza de darle vueltas. Hace unos años, la gente se moría de anginas o de infartos sin demasiado público. Desde hace, más o menos, cuatro lustros, las enfermedades coronarias son tema casi diario de informaciones simplificadas. Los ejecutivos llevan, junto a las tarjetas de crédito, unas pastillas de nitroglicerina, en una fastuosa exhibición de miedo, estupidez y falta de sentido común, salvo que se lo haya dicho su médico, cosa que, en un 90 por 100 de los casos, me permito dudar.

Una vez más, en esa reunión segoviana se señalan como causas más importantes de las enfermedades coronarias la hipercolesterinemia, la hipertensión, el tabaquismo y la herencia. Como causas "menores" importantes, la diabetes, la obesidad y la hiperuricemia. Pero hay causas más sutiles, que también fueron comentadas en Segovia: el excesivo sentido de la responsabilidad, la indolencia física, los "dolores del alma". Ya ven ustedes que, para ciertas cosas, no hay pastillas que valgan: tendríamos que volar el mundo y reconstruirlo otra vez con garantías de que íbamos a ser felices.

Carezo de autoridad para hablar de casi todo, pero la tengo para hablar de este asunto: padezco desde hace años una "angina de pecho" que por poco no me trinca en una ocasión y que, de vez en cuando, me recuerda la fragilidad de esta vida dándome un toque. Sin embargo, he sobrevivido varios años a mi crisis más grave y pienso seguir sobreviviendo algunos años más sin recluirme en un lazareto para condenados. Así es que, me parece, puedo ofrecer algunas de mis fórmulas personales.

Por supuesto, antes hay que hablar de las generalidades. La gente tiene que fumar menos, pesar menos, ingerir menos sal, tomar menos medicinas, beber menos líquidos y hacer más ejercicio. Uno de los participantes en la asamblea segoviana que comentó, el doctor Caldevilla, advirtió, más concretamente, que hay que tener mucho cuidado con algunas drogas, entre ellas los anticonceptivos (que acercan a la mujer a un riesgo antes reservado en buena parte a los varones), los corticosteroides, los antidepresores, los vasoconstrictores... Siempre ha sido una solemne

majadería andar por ahí con el bolso lleno de medicinas que el médico no ha recomendado y, a menudo, resulta igualmente peligroso usar las que el propio médico ha recomendado a troche y moche.

También es muy útil renunciar a bastantes de nuestras ambiciones, pero, naturalmente, es más fácil tratar de correr por el campo y perder cintura que renunciar a sueños que esta sociedad, tan opulenta, nos está metiendo en las narices a todas horas. Una buena parte de las enfermedades cardiovasculares tendrían que curarse en la escuela y en la calle: nos tendrían que haber enseñado a menospreciar el crédito bancario y la envidia por el vecino que veranea en Capri. Tendríamos que haber aprendido a ser un poco más sinceros y tolerantes con nosotros, con los otros y con las otras. Pero tengo la impresión de que eso ya no es posible más que individualmente.

Tal vez les resulte útil a muchos de mis compañeros anginosos mi propio sistema. Tuve suerte con mis médicos que, en lugar de aterrarme, se ocuparon inteligentemente de recordarme lo divertido que es vivir. Tomé decisiones personales graves —por otra parte, las sigo tomando cada día—, dejando para el beneficio de inventario las opiniones ajenas. Traté, y trato, de fumar menos, y hay temporadas en las que lo consigo, pocas. Como frugalmente, lo que resulta siempre más difícil por los demás que por uno mismo. Hago ejercicio físico, incluso intensamente, dentro de ciertos límites, y eso me proporciona una sensación estupenda de juventud y seguridad. He suprimido, unilateralmente, parte de la medicación que se me recomendó. Por ejemplo, no tomo vasodilatadores más que en una parte de mis días anuales de vacaciones y en dosis pequeñas. Tomo, en cambio, lo que se denominan "betabloqueantes", en dosis bien establecidas por mi propio organismo. Eso, debería limitar mi capacidad "emocional", pero yo no lo noto mucho y me sigo metiendo en líos.

He renunciado, eso sí, a ganar dinero y a ser infeliz; creo que esa es la clave. Estoy absolutamente seguro de que es mucho mejor darle un puñetazo a un imbécil que aparentar frialdad y muchísimo mejor enamorarme estúpidamente que "alternar" por las barras nocturnas a ver qué demonios cae. Y mi éxito hasta hoy —tocaré madera— parece probar que no lo estoy haciendo mal del todo: no hay ninguna medida profiláctica, para las enfermedades cardiovasculares y para todo, tan eficaz como la libertad. Ojalá les sirva. ■